

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Bloch, Marc, *Carnets inédits (1917-1943)*. Ed. Massimo Mastrogregori, Torino,
Nino Aragno Editore, 2016
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 613-617



Universidad
de Navarra

Bloch, Marc, *Carnets inédits (1917-1943)*. Ed. Massimo Mastrogregori, Torino, Nino Aragno Editore, 2016, 392 p. ISBN: 978-88-8419-789-4. 25'00€

Table des matières.. Critères de la présente édition. Quelques notes de lecture. 1917. Mea. Oct[obre] [19]40. Postface. L'expérience politique d'un historien modèle. Index des noms.

Queda fuera de toda duda la fama historiográfica de Marc Bloch, un autor en el que cada uno de sus hitos vitales culmina en su muerte a manos del fascismo del colaboracionismo con los nazis, cerca de Lyon. En el transcurso, una carrera académica sólida, una capacidad de innovación mostrada en la fundación y sostenimiento de *Annales* desde 1929, un compromiso social y patriótico revelado en su paso por el ejército francés tanto en las trincheras de la I Guerra Mundial, como en la debacle de 1940, tras la cual se implicó activamente como resistente ante los alemanes, y todo ello recogido en los testimonios que dejó de esa experiencia, no tanto como memorias, sino con una mirada crítica hacia su entorno. Tal vez por ello podría afirmarse que antes que nada fue un historiador y como tal asistió a todo lo que le rodeó. Y si de la Gran Guerra extrajo por ejemplo su muy citado artículo sobre los rumores, de su experiencia de 1940 resultó el libro dedicado a la extraña derrota; además, mientras estaba en la resistencia comenzó a elaborar una reflexión sobre el oficio del historiador, un manuscrito interrumpido que se publicó de forma póstuma. No se trata, por tanto, de una mirada testifical sobre los acontecimientos que le tocó vivir. No es el punto de vista de un testigo el que recorre esas páginas, sino la percepción crítica del historiador, de quien aplica las reglas del oficio para asomarse a lo que le rodea.

No es de extrañar, por tanto, que todo aquello que hace referencia a Bloch haya despertado una considerable atención: desde sus publicaciones, hasta su correspondencia, editada en parte (sobre todo la más profesional, y de la que aun resta la familiar), o los estudios sobre su contexto, comenzando por la magnífica biografía que le dedicó Carol Fink, o los estudios del autor de esta edición que comentamos, Massimo Mastrogregori. Por todo ello, puede afirmarse que es un historiador bien conocido. Y, sin embargo, siguen surgiendo elementos que completan su figura, que redondean la percepción que de él se tiene. A uno de esos aspectos se dedica este volumen. Concretamente a las notas de lectura que extrajo desde 1917 y hasta 1939-1940, y en torno a 1940-1943 en el otro. Son dos cuadernos de los varios que elaboró (por ejemplo el más metodológico de 1906) donde se reúnen aquellos aspectos que llamaban la atención del historiador, con algún comentario, un título identificativo, algunos elementos que hacen personal el fragmento extractado de sus lecturas. Además, hay que señalar que los contenidos son muy variados, de libros muy diversos, incluyendo un abundante

RECENSIONES

número de referencias a la actualidad (por ejemplo cita el *Testamento español*, de Arthur Koestler sobre la guerra civil española) y alguna reflexión propia. El editor sitúa todos los fragmentos de ambos cuadernos, los contextualiza y nos ofrece con gran minuciosidad y erudición la referencia exacta. Concluye el volumen con un amplio epílogo en el que sitúa estas citas en el contexto de la obra de Bloch, especialmente en el referido al manuscrito interrumpido, su gestación y significado.

Comenzaré esta reseña por un comentario de los dos cuadernos recogidos, para terminar con algunas referencias al epílogo de Massimo Mastrogregori.

Tal vez la pregunta pueda ser qué tiene de interesante una colección de citas, y la respuesta la da el propio Bloch, cuando titula una de las páginas del primer cuaderno: «Sur l'histoire de France et pourquoi je ne suis pas conservateur» (5). Como señala Mastrogregori: «Pour un historien, pour un lecteur-auteur, la citation est l'outil, mieux, le code qui permet de dialoguer, de s'appropriier (provisoirement) ce qu'a écrit quelqu'un d'autre; c'est, d'autre part, une solution stylistique originale pour une *écriture du moi*» (313, también 306). El valor de la inclusión de sus lecturas en estos cuadernos era la percepción historiográfica de las mismas, nunca alejada de su condición de historiador. Eran parte del proceso de reflexión, de memoria incluso, y muchas de ellas aparecen en sus textos. Este *collage* recuerda la técnica literaria que John dos Passos puso en marcha en *Manhattan Transfer* (1925) y desde entonces se ha convertido en un recurso literario habitual. De hecho, la mera elección de una cita o referencia ya resultaba significativa. Como resalta Mastrogregori, buena parte de sus reflexiones suponían un «hymne à la critique historique comme élément de culture» (9), y además una exaltación de la curiosidad y de la necesidad de reflexión. No es extraño, por tanto, que cite a Pasteur: «Je plains les gens qui n'ont que des idées claires» (31). Pero es que, además, a través de esa erudición historiográfica revelaba su propio carácter, se mostraba en su intimidad personal, resaltando la importancia de la metodología y la crítica histórica, para lo que acudía a Renan, a Hume, pero también a Jaurès y a tantos otros. Así, tras recoger un texto de Joseph de Maistre, indicaba: «Mais pourquoi les "apparences" ne seraient-elles pas la réalité?» (75). Con ello abría de forma considerable el viejo repertorio de las evidencias documentales y valoraba la atención hacia las mentalidades.

Y además mostraba a través de los textos seleccionados sus creencias (incluidas las políticas y religiosas), además de sus proyectos de futuro. Entre las primeras resulta reveladora la cita que titula «Política» y que muestra toda su actualidad siete décadas después de recogida: «Les hommes d'Etat modernes ont pour méthode de dire autant de sottises qu'en réclame le public et de n'en pas faire plus que ne l'exige ce qu'ils ont dit» (264). Pero más allá de consideraciones generales, precisaba su propia posición política. A este respecto, es llamativa la alta consideración de una cita breve de Michelet, que calificaba como

RECENSIONES

admirable, y que recogía en buena medida su propia posición: «Je croyais à l'avenir parce que je le faisais moi même» (134). Este progresismo genérico lo confirmaba en su ya citado rechazo al conservadurismo (también en la cita que titulaba «L'éternelle vérité sur les partis conservateurs», 145, y además 180-183, 186-187) y también al nacionalismo como prestigio de los pueblos. Así, valoraba un mito irlandés según el cual unos viajeros habían permanecido un tiempo en un lugar maravilloso, pero sintiendo nostalgia regresaron y uno de ellos, al poner pie a tierra, quedó convertido en cenizas, pues lo que a ellos les pareció unos años, habían sido siglos. Y señalaba Bloch: «Ainsi du prestige du passé. Il faut le regarder de loin. Malheur au peuple qui prétend se replacer dans le passé. Lui aussi tombe en cendres» (143; también critica el nacionalismo en p. 201). No son de extrañar, por tanto, las críticas contra el nazismo-fascismo (175-177, 191, 226, 232) o que considerase, con ironía, proféticas unas palabras de Montesquieu sobre los judíos (166). ¿Cómo no entender en sentido político incluso una cita de Bossuet?: «le propre de l'unité est d'exclure» (256).

En lo que toca a lo religioso, el comienzo del segundo cuaderno es también significativo, pues bajo el título «En manière d'épigraphe» reunía citas sobre la muerte y la vida, el saber vivir y el saber morir. Así, recogía de Ronsard: «Un beau mourir orne la vie humaine» (169). De hecho, plantea Mastrogregori, que ante la barbarie nazi Bloch habría adoptado un modelo de martirio cristiano, al hilo de lo propuesto por Lamennais o Loisy (99-100), y alejado de Chateaubriand, Bonald, Barrès o Maurras (197-198). Pero incluso en estos aspectos seguía dominando la figura del historiador y así, se extrañaba Bloch de la indiferencia hacia la verdad de Barrès titulado el texto que recogía de este: «L'indifférence de Barrès à la vérité ou d'un état d'esprit que je ne comprends pas» (109-110).

El segundo aspecto que quería comentar es el referido al epílogo de Mastrogregori. Es un amplio ensayo, sin referencias bibliográficas (más allá de las que lo encabezan, a las que remite para todo el texto, p. 271), en el que desarrolla su estudio ya publicado (1998) sobre ambos cuadernos y, sobre todo, los contextualiza en el proceso de elaboración de la *Apología por la historia o el oficio de historiador*. De hecho, resalta la necesidad que sintió Bloch de defender la historia disciplinar, denigrada constantemente en los años previos, y para ello buscó resaltar el oficio, la metodología del historiador como instrumento seguro para la crítica y, con ella, para controlar la veracidad del relato. Por eso le interesaba tanto la cuestión de la memoria en lo que tenía de transmisión y conservación de información, de tradiciones. Por eso no la rechazaba, sino que asumía la necesidad de examinarla críticamente. En definitiva, lo que reunía Bloch a principios de los años cuarenta era «un certain goût pour la réflexion "à voix haute" sur la méthode, une sorte de vocation pédagogique dans un sens très large, la tendance à faire pénétrer l'esprit historique en profondeur dans la société, la volonté d'organiser une diffusion publique des résultats de la recherche et l'attention

pour ce que l'historien fait en public, "dans la cité", et non seulement dans son atelier» (291). En parte este objetivo estaba ya presente en 1929, pero la propia evolución de la revista mostró a Bloch la necesidad de ir más allá de la búsqueda de los hombres de acción como intermediarios ante la sociedad, para adoptar una actitud más beligerante en beneficio de la historia, señalando su capacidad para comprender el futuro a partir de lo ocurrido en el pasado, del que necesariamente sería diferente. La historia era un instrumento de acción social y como tal había que valorarlo. No era todavía una propuesta de previsión del futuro, pues consideraba aun poco preparada a la disciplina para ello.

El resultado del desconocimiento de la historia, de su postergación, había sido, entre otras consecuencias, la derrota de 1940. Así interpreta Mastrogregori a Marc Bloch: «Concentré sur le passé le plus récent, l'enseignement de l'histoire rend le présent incompréhensible: sans un large champ de vision et de comparaison, il ne parvient à donner ni le sens du différent, ni celui du changement. Un bon enseignement historique, écrit Bloch, aurait dissipé les malentendus sur lesquels se basait la politique rhénane française» (303). Tal vez por este motivo, en el segundo cuaderno, dentro del listado de tareas que se marcaba para el futuro, aunque incluía su voluntad de escribir una novela policiaca: *Un meurtre de province* (125, 126-127), la situaba tras cuatro libros previos: *Apologie pour l'histoire; Le premier Empire allemand; Histoire de la monnaie française; Le peuplement des Etats-Unis*. Como no podía ser de otra manera, la historia primero y, especialmente, aquello que le preocupaba, la consolidación de la disciplina histórica, su fundamentación como instrumento de acción social muy en relación con su propia situación personal e incluso con la de la revista que puso en marcha, *Annales*. No es extraño, por tanto, que Mastrogregori dedique una parte significativa de su epílogo a tratar sobre uno de los aspectos a los que más atención ha prestado como investigador, el manuscrito interrumpido de la *Apologie pour la historia*: «Le manuscrit du livre sur l'histoire est désormais très clairement pour Bloch un antidote, un point de repère spirituel dans un moment extrêmement difficile —moment où était totalement remise en question son identité d'historien, de professeur, de citoyen français et européen» (331)—. Pero también toca su fama posterior, su posición en la configuración del mito de *Annales* (no en vano se publicó en 1949, en el veinte aniversario de la aparición de la revista) y del mito del propio Bloch en el seno de la historiografía posterior. Sin embargo, en el prólogo de Febvre, señala Mastrogregori, no aparece la preocupación del medievalista por la transmisión del recuerdo, por el papel del pasado y, por ello, de la disciplina. Todo ello quedó para las páginas del manuscrito interrumpido, que no llegó a ser el libro que planeaba Bloch, y que el editor de estas páginas resume así: «le livre s'articulait, dans son esprit, en deux parties précédées d'une ample introduction. La première partie concernait la "chasse aux données", la deuxième leur interprétation (analyse, explication, comparaison, prévision). Ce qui reste de ce livre représente un développement de la pre-

RECENSIONES

mière partie (observation historique et critique des témoignages), mais seulement le début du traitement de la seconde» (355). De hecho, señala Mastrogregori que en esta segunda parte iba a residir el núcleo principal, el capítulo dedicado a la experiencia histórica, «la réalisation de son idéal de l'histoire: analytique, comparative et explicative» (356). Para ello distinguía entre experimentación y experiencia, siendo esta última la propia de la historia y ello en dos sentidos, como proceso histórico real que se podía observar a través de las fuentes, y como el desarrollo de su conocimiento.

De todo ello, señala Mastrogregori, todavía no se ha extraído todo su potencial, oculto en parte por la conversión del libro en un símbolo de su autor y del éxito de *Annales*. Acogido como texto historiográfico, no ha cumplido el objetivo que lo puso en marcha, el de convencer a los no historiadores, a los encargados de la acción pública, de la utilidad de la historia, o dicho de otra manera, del peso del pasado en el presente —y por tanto del papel social de la historia como disciplina—. En un contexto en el que el papel de la memoria tanto ha crecido, la necesidad de plantear las dudas que Bloch tenía se mantiene en pleno vigor, incluso es aun más necesario que en los años cuarenta. Tal vez por ello la lectura de estas reflexiones y la perspectiva que nos muestra el editor de estas páginas son más necesarias que nunca, cuando la disciplina se ve cuestionada no ya por novelas más o menos críticas, sino por una opinión cada vez más hostil a lo establecido, sean las formas políticas o académicas, especialmente cuando, como en la historia, tienen tanta repercusión social. El Bloch activista social que nunca dejó de ser historiador era optimista, pues consideraba que la historia era ineludible en cualquier sociedad. Tal vez quepa aferrarnos a ese optimismo de quien conoció tiempos turbulentos y mantuvo la convicción de que el conocimiento de la historia era imprescindible.

Massimo Mastrogregori, es director de la revista *Storiografia* y editor de *International Bibliography of Historical Sciences*. Archivero del Parlamento Italiano desde 1987, ha sido profesor en la Sorbona, en La Sapienza y Calabria. Entre sus obras resaltan: *Moro* (2016); *Fedeltà democrática. La scelta di Marc Bloch per la Resistenza* (2014); *Breve storia dell'ideologia occidentale* (2011); *I due prigionieri. Gramsci, Moro e la storia del Novecento italiano* (2008); *Introduzione a Bloch* (2001); *Il manoscritto interrotto di Marc Bloch: Apologia della storia e Mestiere di storico* (1995); *Il genio dello storico: le considerazioni sulla storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francese* (1987).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra